
La mujer como género periodístico

Antonio Parra

Universidad de Murcia

<http://dx.doi.org/IC.2005.01.05>

RESUMEN

En nuestra sociedad, el programa ilustrado para la mujer se ha cumplido en buena medida en su ámbito político-jurídico. Y, sin embargo, su imagen no acaba de ser reflejada en su doble dimensión sujeto-objeto, sino que permanece arraigada en una visión cosificada. En los medios de masas y en la literatura, la mujer es una 'moda' emergente. Pero, paradójicamente, ha pasado a la categoría de 'suceso' (pensemos en la información sobre malos tratos, por ejemplo), es decir, se ha convertido en un Género Periodístico, reciclado en mitad de una demanda creciente. La idea de 'cuidado de sí', retomada por Foucault de la ética griega, puede rescatar a la mujer postfeminista de otro modo de utilización perversa.

0. INTRODUCCIÓN

La mujer, hoy, es una moda, literaria y mediática, lo que conlleva un ablandamiento de las noticias acerca de ellas. Por decirlo así, cuando se escribe o se dan noticias sobre los movimientos de mujeres, la lucha feminista o, en el caso de ocurrencias trágicas, sobre malos tratos, no se habla tanto de cuestiones (es decir, de políticas o leyes, de actitudes sociales, etcétera) como de acontecimientos y sucesos. La mujer se convierte, así, en un género más, literario o periodístico. Por decirlo en argot mediático: la mujer pasa a ser una sección más de un periódico o de cualquier publicación periódica, en paralelo a otras secciones habituales, como la de Nacional, Internacional, Sociedad, Cultura o Deportes. Naturalmente, que esto sea así no es culpa de los movimientos feministas o de mujeres, sino de la capacidad de las instituciones y de eso más o menos difuso, pero bien presente, a lo que llamamos mercado, de centrifugar cualquier movimiento políticamente incorrecto, en suma, de convertir una cuestión en un acontecimiento, en un suceso.

Como sabemos, la mujer siempre fue un objeto –a menudo considerado muy por debajo de cualquier dignidad humana– para la visión del poder –es decir, del hombre– y no un sujeto de conocimiento. Naturalmente, ha habido excepciones que, referidas a este problema, no hacen más que confirmar la regla. Históricamente esas excepciones no han dejado de ser vistas como una especie de 'monstruosidad' que rompía, si es que no degradaba, el 'natural' destino dado por Dios a la mujer. Antes de entrar a analizar la situación actual, y el tipo de acercamiento meramente narrativo que hoy realizan los medios de masas a la mujer o a los

movimientos feministas, o a sucesos como la violencia contra las mujeres, vamos a proceder a una breve evocación de la visión histórica sobre la mujer, buceando para ello en la historia literaria, incluyendo algunas de esas excepciones apuntadas. Nos servirá ese recorrido para establecer una comparación con la situación actual, de la que saldrá un sorprendente paralelismo, aunque con apariencia abierta y llena de cuidados y atenciones hacia la mujer por lo que respecta a los medios actuales.

1. UNA MIRADA A LA HISTORIA

Alguien tan sensible como para escribir una excelente poesía como Fray Luis de León no se andaba por las ramas, sin embargo, para decir cosas como estas: “Así como a la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias, ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico, así les limitó el entender, y, por consiguiente, les tasó las palabras y las razones...” (*La perfecta casada*). Y alguien con tan fino estilo literario como Gracián tampoco se quedaba corto a la hora de referirse a las mujeres: “Más vale la maldad del varón que el bien de la mujer, dijo quien más bien dijo, porque menos mal te hará un hombre que te persiga que una mujer que te siga.”

Pero, aunque testimonios de este tipo han sido los habituales, desde la antigüedad, también es cierto que ha habido algún raro defensor de las mujeres. La Ilustración, por ejemplo –y como veremos más adelante– fue un momento histórico en el que, con el surgimiento del imperio de la razón humana, los pensadores y escritores comenzaron a ver a la mujer no sólo como un objeto falto de inteligencia, sino como sujeto de derechos, aunque, la verdad, tampoco fue para echar las campanas al vuelo. Ya en el siglo XIX Stuart Mill sí mantuvo una posición más decidida a favor de los derechos de la mujer. Llegó incluso a escribir, en 1869, su no muy conocido *Ensayo sobre la igualdad sexual*, en el que decía que la subordinación de la mujer al hombre no sólo era una reliquia del pasado y una esclavitud, sino, incluso, que ni siquiera el hombre podría alcanzar la felicidad completa mientras la mujer quedara relegada al papel de la vida doméstica. Y también hubo, aunque igualmente escasas, defensoras de la mujer, bien con su actitud y obra, como en el caso de Sor Juana Inés de la Cruz (una impresionante poeta por otro lado: “Hombres necios que acusáis/ a la mujer sin razón/ sin ver que sois la ocasión/ de los mismo que culpáis”) que vivió en el México colonial del siglo XVII, o bien con manifestaciones tajantes como la de María de Zayas, también en pleno siglo XVII: “... porque si esta materia de que nos componemos los hombres y las mujeres, ya sea una trabazón de fuego y barro, o ya una masa de espíritus y terrones, no tiene más nobleza en ellos que en nosotras, si es una misma la sangre, los sentidos, las potencias, y los órganos por donde se obran sus efectos son unos mismos, la misma alma que ellos, porque las almas ni son hombres ni mujeres, ¿qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotros no podamos serlo?” (*La perseguida triunfante*).

En el segundo caso, es decir, en el de las mujeres literatas, su presencia más o menos habitual no se produce hasta bien entrado el siglo XX, pero, igualmente, cabe rastrear ejemplos formidables. Ya hemos citado a Sor Juana Inés de la Cruz, pero, en esa época, las mujeres de cultura cristiana no abundan en la nómina literaria. Es, pese a algunos tópicos sobre la situación de la mujer en el Islam, en la sociedad musulmana donde se puede encontrar – eso sí, en

plena Edad Media— un mayor número de poetisas, aunque la situación de la mujer, incluso en los tiempos más tolerantes de la Córdoba omeya, tampoco era demasiado mejor en épocas antiguas entre los árabes. La arabista y catedrática de la universidad de Alicante María Jesús Rubiera nos facilita en sus investigaciones un buen número de poetisas hispano-árabes entre los siglos VIII y XIII. Y aunque también estos casos son excepciones (no hay que hacerse ilusiones sobre la situación de la mujer islámica, como ya hemos dicho) podemos encontrar ejemplos como el de Aisa Bint Ahmad Ibn Muhammad Ibn Qadim de Córdoba, que nada menos que en el siglo diez se atrevió a dirigir a un poeta que no le agradaba los siguientes versos:

Leona soy, pero no me agradaron jamás
 Los cubiles de los otros;
 Pero si hubiese de elegir alguno,
 No escucharía a un perro,
 Cuando he hecho oídos sordos a los leones.

Claro que sabemos de ella que era de una familia ilustre, rica y de literatos. Que fue hija única y que heredó de su familia una gran fortuna. Está claro que el poder, que después de todo es en buena medida cosa de dinero, lo tenía ella frente a aquel desdichado poeta, víctima de sus estiletos literarios.

Pero, para víctima, el pobre cordobés Ibn Zaydun, presa de amor de la que es quizás la poetisa más conocida de la España musulmana. Wallada la de Córdoba (siglo XI) cuyo padre, proclamado califa de la ciudad, huyó de ésta poco después vestido de cantora, dejando a su hija en un harén para vírgenes nobles. Wallada, que en coraje y decisión era lo opuesto a su padre, salió del harén, puso salón literario, compuso poemas y tuvo amantes notorios, entre otros el ya citado Ibn Zaydun. Nada menos que este poema hizo bordar en oro sobre su vestido:

Yo ¡por Dios! merezco la grandeza
 Y sigo orgullosa mi camino.
 Doy gustosa mi mejilla a mi enamorado
 Y doy mis besos a quien los quiera.

Excepciones, nada más que excepciones. En España también las tuvimos. Todavía en tiempos oscuros, la condesa de Pardo Bazán fue, además de escritora exquisita, y hasta coleccionista de recetas de cocina antiguas, una defensora de los derechos de la mujer. Y aunque se trate de excepciones es posible recorrer la historia recuperando aquí y allá mujeres que no sólo escribieron, sino que utilizaron la pluma para protestar por su injusta situación. A principios del siglo XV la francesa Christine de Pisan escribía su *Libro de la ciudad de las damas*, en el que llamaba la atención sobre la disparidad entre la imagen que de las mujeres tenían los hombres y su propia experiencia. Mientras los hombres llegaban a la conclusión de que “el comportamiento de la mujer tiende y está colmado de todo vicio”, Pisan escribía lo siguiente:

Pensando en profundidad sobre estos asuntos, empecé a revisar mi carácter y mi conducta como mujer de naturaleza y asimismo reflexioné sobre otras mujeres cuya compañía solía frecuentar, princesas, grandes damas, mujeres de clase media y baja, que cortésmente me habían hablado de sus pensamientos más privados e íntimos, con la esperanza de que juzgara de modo imparcial y a conciencia si el testimonio de tantos hombres notables podía ser cierto... No acertaba comprender, ni tan siquiera a imaginar, cómo podían ser ciertas sus pretensiones al compararlas con el comportamiento y el carácter natural de las mujeres.

2. LA IMAGEN DE LAS PRIMERAS FEMINISTAS EN LA PRENSA

Las cosas han cambiado mucho desde aquellos tiempos, y sin duda, para mejor, lo que no impide que pese a la masiva llegada de la mujer a los distintos ámbitos profesionales, sociales o culturales, la visión hacia ella, especialmente desde los medios de masas, que es lo que aquí queremos subrayar, siga siendo la de un objeto, y con frecuencia como excepcionalidad, como rareza, como acontecimiento digno de ser contado, pero siempre desde una visión individualizada o anecdótica, o bien con ese carácter que el periodismo de hace unas décadas denominaba de 'interés humano'. Una fuente importante para rastrear la actitud de la prensa estadounidense ante el nacimiento de los primeros movimientos feministas y organizaciones de mujeres en los años sesenta, en el país norteamericano, es la autora G. Tuchman¹.

Los primeros movimientos, surgidos de manera no oficial con la Conferencia de la Casa Blanca sobre Igualdad de Oportunidades en 1965, y el nacimiento oficial de la Organización Nacional para las Mujeres, en 1966, trataron –curiosamente, si tenemos en cuenta lo que tratamos de mostrar en esta investigación– de convertir los medios en un recurso del propio movimiento que comenzaba a andar. Sin embargo, no es raro, pues los primeros comunicados de prensa fueron diseñados por mujeres que ocupaban los más altos puestos en relaciones públicas en Nueva York, reclutadas especialmente por Betty Friedan. Lo que hicieron esos rotativos esos días fue acentuar el carácter de 'novedad' de todo aquello, presentándolo como una noticia de 'sociedad', blanda en su redacción.

Tuchman sitúa la acción de los medios en la trama de facticidad en la que se desarrolla el periodismo, así, incluso periodistas feministas, en las ruedas de prensa acababan siendo tábanos, haciendo preguntas difíciles, creyendo así adoptar lo que esperaban sus jefes y directores, y conseguían hablar de ello al ser una noticia interesante por novedosa.

Los miembros del movimiento se quejaban de que los directores varones se negaban a tomar en serio la "liberación de las mujeres", y las mujeres pensaban que ese razonamiento quedaba comprobado por ese mote despectivo conferido por los medios. El tratamiento de la noticia caracterizado por el ridículo y el ostracismo indicaban cuál era la definición pública del movimiento feminista como movimiento peculiar. La cobertura dada por el New York Times a la Conferencia de la Casa Blanca sobre Igualdad de Oportunidades en 1965 nos da un buen ejemplo de ese tratamiento ridículo. El periódico informó de que en la Conferencia

¹ Tuchman, G.: La producción de la noticia. Estudio sobre la construcción de la realidad, 1978.

“Una persona se preguntaba si la Ley requeriría a los Clubs de Playboy contratar conejitos machos. Casi de inmediato la Ley pasó a ser conocida como la ‘ley del conejito’. Un relato de primera página de New York Times sobre la Conferencia se titulaba de esta manera: “Por ejemplo, ¿podrá ella arrojar la pelota por los Mets?”, y a lo largo del relato se contaba el problema del conejito. [Tuchman: 1978]

Los directores y jefes del New York Post habían propuesto el titular siguiente para caracterizar la gigantesca marcha del 27 de agosto de 1970: “Es el Día de las Señoras en la Quinta” (Avenida), aunque fueron desalentados por las feministas de la redacción.

Estamos ante reporteras feministas que hacen o provocan los chistes. Las manifestaciones de Atlantic City en 1968, por ejemplo, se convierte en una noticia liviana e ingeniosa, en noticia blanda: se destaca de ella la quema de sostenes, fajas y rulos, para conseguir así incluir la noticia en sus rotativos, aunque como sabemos por las historiadoras del movimiento, arrojaron estos objetos en un cesto, pero nunca fueron quemados.

A decir verdad, ésta (la conversión en suceso más o menos espectacular de una noticia) es una lógica bastante extendida en la práctica periodística –tendríamos decenas de ejemplos–, pero que se multiplica en el caso del acontecer de ciertos movimientos sociales y, de manera casi paradigmática, en el caso de la mujer.

3. El presente: furor mediático

Mercedes Bengoechea señala lo siguiente:

La impresión generada por una atenta lectura de la prensa diaria es que la lucha contra las ambivalencias y ambigüedades que surgen al ser las mujeres, por vez primera en el dominio del discurso público, a la vez agente sexual y objeto de deseo se hace palpable en la forma en que se negocia en el discurso periodístico escrito la identidad de la mujer, agente ya ésta en tantos campos pero no en el sexual, situándose así el discurso de la prensa escrita en contradicción con otros discursos circundantes, como algunos casos de textos literarios, cinematográficos o incluso publicitarios. Hoy por hoy parece inalcanzable que el discurso periodístico escrito asimile y acepte el doble papel de las mujeres de sujeto/objeto tras siglos constituidas como únicamente objeto y encarnación del deseo masculino. Incapaz de comprender ese doble papel, y dado que sexualizarse activamente y convertirse en sujeto significa para las mujeres, de acuerdo a los significados aún hegemónicos, elegir a la puta frente a la virgen-madre y, también en cierto modo, traspasar el umbral de lo público.

En definitiva, sigue siendo escasa su presencia en las noticias relacionadas con la actividad política o económica, etcétera. como señala José Luis Dader en “La ‘mujer’ como categoría emergente en la producción de noticias: pros y contras de una nueva visibilidad periodística”.

Al margen de las revistas llamadas del corazón, que en su versión progre no son más que una adaptación a la mujer ‘liberada’ de modelos alternativos tan estereotipados y comerciales

como los que critican, hay una nueva prensa emergente que ya tiene sus modelos en Internet, como 'Mujerestrella.com', dentro de 'La estrelladigital', o 'Prensamujer.com' (dirección ya desaparecida), con más o menos éxito, pero otras muchas direcciones conforman una oferta muy amplia que se dirigen hacia el 'mercado' femenino, aunque a veces también el feminista, o simplemente, como un intento verdaderamente solidario y serio, hacia la investigaciones denominadas de género.

Según el sociólogo de la comunicación Daniel Hallin se está produciendo un fenómeno de 'tabloidización', en referencia a los periódicos sensacionalistas o 'tabloides'. El relato humano, la confesión en primera persona de mujeres maltratadas, confesiones que a veces están en la base y el origen del propio problema, en lugar de denunciar las razones que provocan el problema, etc.

Frente a esto, Toril Moi recuerda que seguir insistiendo en rasgos de personalidad femenina, o incluso en términos de diferenciación lingüística, no deja de ser una diferenciación estereotipada que insiste en las circunstancias por encima del auténtico elemento de indiferenciación igualitaria. Se trata, por el contrario, de asumir que ellos y ellas son seres humanos, seres sociales o personas que desempeñan múltiples e intercambiables roles individuales y sociales, con mayor o menor grado de competencia.

Detrás de muchas de las categorías que aplican los periodistas para seleccionar noticias subyace el rasgo de la anormalidad, lo inusual, la excepción. Consecuentemente, seleccionar noticias porque afectan o tratan de mujeres puede ser un síntoma de anormalidad tan preocupante como que se seleccionaran por tratarse de filósofos o de registradores de la propiedad, ya que ello denotaría que los filósofos o los registradores de la propiedad constituyen o reflejan un problema, y justo por ello requieren un apartado propio en la información general.

¿Es la mujer una nueva modalidad de suceso, y por ello las noticias sobre ellas se refugian en las crónicas sobre violaciones y malos tratos, es decir, en la 'crónica negra', cuando no en los espectáculos tomados de la realidad de las televisiones? La respuesta a esta pregunta, casi retórica, debería ser "sí", y las razones para esta respuesta afirmativa habría que encontrarlas en la ausencia –todavía– de lo que Foucault llamó 'ética del cuidado de sí'².

La Ilustración, siempre inacabada, tomó en cuenta entre sus tareas, en su nacimiento histórico en el siglo XVIII, el 'problema' del "bello sexo", en expresión nada menos que de Kant. Tres artículos sobre la mujer en la *Enciclopedia* de Diderot; pequeños ensayos o fragmentos de obras de filósofos como Montesquieu, d'Holbach, Sade y Condorcet, además de otros textos de escritores como Laclous, Madame Lambert, Madame d'Epiney; *Cuadernos de quejas* de las mujeres durante la Revolución francesa, reivindicaciones en la prensa..., en fin, el texto de la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadanía*, son, como recuerda Alicia H. Puleo³, momentos de ese proceso, lo que podríamos denominar textos fun-

2 FOUCAULT, M.: "La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad" en Gómez, C.: *Doce textos fundamentales de la Ética del siglo XX* (págs. 256-265). Madrid, Alianza Editorial, 2003.

3 PULEO, A.H. (ed.) *La ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII*. Prólogo de Celia Amorós, Barcelona/Madrid, Anthropos/Comunidad de Madrid, 1993.

dacionales de un feminismo que, ya desde entonces, dejaría marcadas las dos líneas reivindicativas que, con terminología actual, denominamos feminismo de la igualdad y feminismo de la diferencia.

Pero la idea de Ilustración sugiere una tarea siempre inacabada. Y aquel momento, como observa Kant, no es todavía el momento ilustrado, sino la época en la que ha comenzado la Ilustración. Hoy sabemos que las revoluciones no son un instante convulsivo capaz de cambiar la historia, sino, como predicaba Neurath de las teorías científicas, un barco navegando cuyas piezas deterioradas han de ser cambiadas sin abandonar la navegación. Y además, sin esperar llegar a un lugar predeterminado a través de un camino recto, sino un viaje con altibajos, con claroscuros, con encrucijadas que nos hacen retroceder, variar la ruta, volver a retomarla, etcétera. Una lección de humildad que, pese a todo, hemos de agradecer en parte a los filósofos postmodernos.

Esto último quiere decir que no basta con el estallido inicial, con la idea misma de las Luces, para que todo esté resuelto, como ocurre en el caso de la mujer. Volviendo a Foucault: el filósofo francés, en *op cit.* establece lo siguiente:

Seré un poco más prudente al respecto. Siempre he sido un poco desconfiado ante el tema de la liberación, en la medida en que, si no se la trata con cierto número de precauciones y dentro de ciertos límites, corre el riesgo de remitir de nuevo a la idea de que existe una naturaleza o un fondo humano que se ha encontrado, tras algunos procesos históricos, económicos y sociales, enmascarado, alienado o aprisionado en mecanismos, y concretamente por mecanismos de represión”.

[...] Los análisis que intento hacer se dirigen esencialmente a las relaciones de poder. Y entiendo por tales algo bien diferente de los estados de dominación. Las relaciones de poder tienen un alcance extraordinario en las relaciones humanas. Ahora bien, eso no quiere decir que el poder políticos esté en todas partes, sino que en las relaciones humanas se da todo un haz de relaciones de poder, que se pueden ejercer entre individuos, en el seno de una familia, en una relación pedagógica, o en el cuerpo político.

Foucault evoca el mundo grecorromano, donde el cuidado de sí fue el modo en que “la libertad individual –o la libertad cívica, hasta cierto punto– se ha reflexionado como ética”, para establecer una sutil –pero decisiva para lo que aquí nos interesa– línea entre liberación y práctica de libertad.

Estoy, por tanto, de acuerdo con usted –explica a su interlocutor– en que, a veces, la liberación es la condición política o histórica para una práctica de la libertad. Si tomamos el ejemplo de la sexualidad, es cierto que ha sido preciso un determinado número de liberaciones en relación con el poder del macho, que ha sido necesario liberarse de una moral opresiva que atañe tanto a la heterosexualidad como a la homosexualidad; pero esta liberación no hace aparecer al ser dichoso y pleno de una sexualidad en la que el sujeto habría alcanzado una relación completa y satisfactoria. La liberación abre un campo para nuevas relaciones de poder, que es cuestión de controlar mediante prácticas de libertad.

En resumen: no hay práctica de libertad sin liberación, pero no es suficiente la liberación para que existan prácticas de libertad. Y el ‘cuidado de sí’ es imprescindible para la concurrencia de esas prácticas en la medida en que ‘el cuidado de sí’ no es una dimensión del egoísmo sino, como en el mundo antiguo, “para conducirse bien, para practicar como es debido la libertad, era preciso ocuparse de sí, cuidarse de sí, tanto para conocerse [...] como para formarse, para superarse a sí mismo, para dominar los apetitos que corren el riesgo de arrastrarnos”.

En nuestras sociedades, y a partir de un momento difuso, el cuidado de sí mismo tuvo mala imagen —el Cristianismo, con su espíritu de renuncia a los dones de esta vida, no es ajeno a ese proceso— como una forma de amor a uno mismo, como individualismo egoísta. Por el contrario, como de nuevo recuerda Foucault, el cuidado de sí mismo puede entenderse en la percepción de los griegos, como un logro en la excelencia ética, en la vida buena.

Para los griegos no es que sea ético porque es cuidado de los otros. El cuidado de sí es ético en sí mismo; pero implica relaciones complejas con los otros, en la medida en que éste *éthos* de la libertad es también una manera de ocuparse de los otros. Por ello para un hombre libre que se comporta como debe ser es importante saber gobernar a su mujer, a sus hijos, su casa. Y aquí se da también el arte de gobernar. El *éthos* implica asimismo una relación con los otros, en la medida en que el cuidado de sí hace capaz de ocupar, en la ciudad, en la comunidad o en las relaciones interindividuales, el lugar adecuado —bien sea para ejercer una magistratura o para tener relaciones de amistad.

Para ir concluyendo: Es posible que la mujer haya alcanzado en buena medida sus metas de liberación, y que, en ese sentido, el programa ilustrado inicial —la superación de la ‘minoría de edad’ de la mujer como cuestión central que conlleva otras superaciones— se haya cumplido en un alto porcentaje. Y, sin embargo, “la guerra no ha terminado”, por citar al Borges del prólogo a la edición italiana de *La Enciclopedia*. Faltan las prácticas de libertad a las que responde el ‘cuidado de sí’, es decir, una revolución que se da haciéndose, como la música sólo existe cuando suena. Es necesario, en suma, borrar los complejos poderes que no son ya —o no únicamente— el poder político, pero que, insidiosamente, impiden la práctica de libertad. Y es aquí donde debemos situar a la Prensa —a la información periodística en general— en la medida en que ejerce, contemporáneamente, como un poder fuerte que, en su peor versión, no sólo no promueve esa práctica de la libertad —como tal vez sería su deber—, sino que la imposibilita. En el territorio simbólico de las representaciones no están desligados la emergencia de la mujer como ‘género periodístico’ —o literario— y la imposibilidad referida. Es, partiendo del imperativo ético kantiano, una negación de lo genuinamente ético, al convertirse en una práctica nada incondicional, y, desde la visión del hombre del filósofo alemán, un nuevo pasaje de la *cosificación* humana, en este caso del “bello sexo” (ponga el lector la ironía que quiera en esta expresión) y de su utilización como un medio, y no como fin pleno de dignidad, al servicio del ‘éxito’ fácil ante la audiencia.